



Historia de un cazador sin presa, sin lugar, sin existencia

La caza

Jaime García Maffla

Sin editorial, Bogotá, 1984, 35 páginas

A nadie se le ocurriría, al ver este delgado folleto, que contiene un poema-río que fácilmente, en la letra y con la disposición que se suelen editar los poemas, cubriría por lo menos doscientas páginas. En la realidad, el folleto financiado obviamente por el propio poeta, sólo ocupa 35 páginas repletas con una musical, melancólica y etérea "aventura" que podría ser el guión de una película metafísica situada en un vago país de ensueño con estaciones, ángeles y vendimias, bruma, barcas cargadas de frutos y flores, y tilos, rosas y cerezos, por el que flotaríamos guiados por un pálido y melancólico, pero nada silencioso, vate.

Hacia la mitad del poema, García Maffla confiesa: "Podría extenderme más, sin fin / y hablar, hablar haciendo versos, / Seguir haciendo versos como seguir hablando". La verdad es que la palabra FIN (seguida por una triple dedicatoria a Hernando Valencia Goelkel, Álvaro Mutis y Eduardo Camacho Guizado) no convence. El poema podría seguir indefinidamente y *La caza* sería apenas la primera parte de un épico que superaría en extensión la obra de Domínguez Camargo o de don Juan de Castellanos. Estoy seguro de que en este momento García Maffla, si está hablando, lo está haciendo en verso, porque ya no puede hacer otra cosa.

Así, el cazador, con su armadura de versos, logra lo que quiere: "¿Qué puede a mí importarme todo? / Mi aspiración en vida es conseguir / Que nada al fin me toque". Nada puede tocar al poeta que sólo dialoga con su alma y se autocompadece, que se ve como una llaga abierta.

Estamos en un mundo irreal, en el que las mujeres son más bien arcángeles:

*Y viene ahora una joven, la hay:
Es azulada y blanca y rubia y suave
Y es ligera y alada y de pies de rocío
Y se posa en la caricia como lo hacen las hadas,
El don para que un hombre fantasee;
Una joven alada y tersa y grave
Que nada dice y que todo lo da con el aliento.*

El cazador expresa continuamente su deseo de pintar el mundo que imagina, un campo cubierto de flores y huellas, por ejemplo:

*¿Cómo reproducirlo?
Si un tapiz fuera:
Los ojos de las niñas,
El brillo de las armas,
La sangre de la víctima
Y la risa eficaz
De los guerreros diestros;
El oro de los hilos
O el gris del pensamiento,
Y el aire, el aire en las mejillas.*

Así, todo se volatiliza y las constantes dudas del poeta que se cuestiona a sí mismo nos obligan a dudar, no de la vida misma, como él, sino de una poesía voluntariamente ambigua y gaseosa, que se autocalifica, no sin cierta razón, como una "equivocación":

*Imaginario todo,
Imaginado
Más o menos sentido,
Igual a un despertar.
¿Y es este el sueño o es esta la vigilia?
¿Esta la realidad o es la otra vida?"*

El héroe o antihéroe, el cazador, plantea todo el tiempo su propia inexistencia, paralela a la del mundo: "Nadie eres, acaso un manojo sensible / De temores y nervios, quimeras y deseos / O desvelos, algo que ya no existe, en suma".

Su estación favorita, por supuesto, es el melancólico otoño de las vendimias, pero que tampoco existe: "Y es el otoño, un otoño interior, / Sentido por igual que imaginado, / Las hojas transparentes, amarillas, cayendo, / Un otoño adorado pues no existe". Si el cazador, y por supuesto la presa, son inexistentes, el mundo que los rodea también lo es, algo que dentro del poema es del todo lógico, pero que sería absurdo si dijéramos lo mismo del mundo real. Este peculiar cazador, que probablemente se desmayaría al ver una gota de sangre, nos propone precisamente esto: el mundo no es el mundo sino algo que ellos, los demás, la jauría, fabrican.

Al cazador lo cobija la nostalgia. Es la nostalgia, que además lo sostiene, lo que "me hace casi invisible, casi inaccesible, / Intocable del todo". Lo mismo sucede con la caza. ¿La caza de qué? ¿Del mundo, del amor, de la poesía? Es difícil responder a esta pregunta, porque la caza, como todo lo demás en el poema, es y no es.

Estos podados versos, que "sueñan" bien, no siempre son un milagro de elegancia o de exactitud.

*Hay un ángel, lo hay
Y aletea, aletea
En torno a mí
Tan débil, débilmente,
Mas ignoro hacia dónde
Que apenas se me acerca.*





García Maffla es aún más metafísico que Giovanni Quessep. Los dos hacen una poesía correcta, fruto del mundo académico, que en este medio no incluye literaturas en otros idiomas, pero sí los clásicos españoles y ciertos poetas de corte abstracto como Salinas o Guillén (no Cernuda, ni Huidobro, ni Vallejo) que le gusta a la gente, seduce a los antologistas y tiene el pequeño problema de que no dice nada.

Otro enfoque sería posible. *La caza* no sería la iniciación de un épico sino un capítulo más en el sonoro y vasto poema que este versificador de casi inaudible voz ha venido elaborando desde que "cometió" sus primeros poemas. Una usted los poemas anteriores de García Maffla y tendrá la primera parte de la gran "Caza". Tomo al azar dos, *Fragmentos de memorias*, de 1977, y *Reclamos del bufón*, de 1981, y yuxtapongo unas estrofas:

*La vida imaginada
Con sus perdidos sueños,
Invitan mis recuerdos
A su estación gozosa.
Mi obligación ha sido aparecer
Como el más obsequioso y
limpio
pero no soy así, no soy
como han querido ustedes que
sea el mundo,
porque llego a mi lecho a
desahogarme,
a olvidarme de que ustedes
existen...*

Así, pues, tenemos *La caza I*, *La caza II* y quedamos a la espera de *La caza III*.

NICOLÁS SUESCÚN

Pionero rajado

La poesía política y social
en Colombia

Antología, introducción y notas
de Gonzalo España

El Áncora Editores. Bogotá, 1984

El principal mérito de este libro es que se trata del primer intento de realizar una antología temática de estas materias. Por lo menos, modernamente, no conozco ninguna tentativa de recopilar un muestreo antológico de poemas sociales y de poemas políticos escritos por colombianos. Se trata, pues, de un mérito grande eso de colocar la primera baza en un campo que puede ser fructífero, quizás más en la investigación de nuestra historia social, aún en pañales, que como fuente renovadora de nuestra historia política.

Ser pionero, he aquí su, acaso, único mérito. Porque el resultado final no es satisfactorio ni por valor estético de la poesía antologada ni por el aporte que haga en la documentación de fuentes para la historia política y social.

Un primer desequilibrio consiste precisamente en la preponderancia del tema político sobre el tema social. Si el autor anuncia en el prólogo que "encontramos aquí retratadas diversas etapas históricas, sus conflictos y caracteres, la estampa de los pueblos, el perfil de sus conductores, las ideas que alentaron las contiendas, el devenir de los cambios", la lectura de los versos incluidos revela que lo de "estampa de los pueblos" casi desaparece ante los conflictos y las ideas. Desde el costumbrismo, que produjo algunos excelentes cuadros de costumbres versificados, pasando por algunas descripciones de carácter social de poetas posteriores, la poesía colombiana es fuente abundante para estudiar la vida social y "el devenir de los cambios". Pero esta antología, salvo unos pocos versos, hace mucho más énfasis en lo político que en lo social. Un buen ejemplo puede ser el caso de los poemas de Mario Rivero incluidos en este trabajo, demasiado pocos, no sólo por la alta calidad de esta poesía

sino porque textos como *Saga de los amigos* son un retrato espectral y fascinante de la vida urbana colombiana durante tres decenios.

Digamos, pues, que por cantidad, esta es una antología de nuestra poesía política. Todavía sin resolver el problema del valor literario de los poemas incluidos, vale la pena detenerse en el enfoque del antologista frente a las dimensiones de la investigación y frente a los hechos políticos en sí mismos.

Ante la tarea de realizar una antología temática, el investigador puede decidirse por una opción inicial, que le resuelve muchos problemas de documentación: escoger una lista de poetas importantes, añadirle una buena cantidad de antologías y sacar de allí los poemas del tema propuesto, en este caso la política. Al parecer, ateniéndose a las citas de pie de página, este fue el camino que tomó España. Silva y Barba Jacob, Pombo y Luis Carlos López, Mario Rivero y José Eusebio Caro son los nombres ilustres y ciertas antologías de poesías regionales —Santander, Norte de Santander—, varios parnasos y las obras de algunos poetas reconocidos como poetas políticos —Darío Samper, Jorge Zalamea, Jorge Artel, Candelario Obeso— son las fuentes que nutren la antología de España.

Un repaso de la prensa colombiana del siglo XIX, por ejemplo, nos revelará que ésta era predominantemente política —primero— y que la poesía era un medio frecuente, reiterado, constante de lucha política y de crítica social. Este repaso, acompañado del conocimiento no sólo de los principales hechos políticos sino de esas pocas ocasiones en que la poesía ha influido en la realidad política, ahondaría más en la índole de nuestra historia, quizás mostraría peculiaridades de la liza política y por lo menos, esto sí con seguridad, incluiría episodios como aquel en que el presidente Caro prohibió los recitales de Julio Flórez en el teatro Colón por temor a que la virulencia julioflorezca desatara un motín. Desconocer hechos como éste, no por aislados menos excepcionales, donde se revela el poder subversivo